

Epílogo

He aquí su herencia, o la paradoja del heideggerianismo

Delmiro Rocha

La herencia no se elige, no se escoge, se escoge mantenerla en la pervivencia, en la supervivencia, y esto se hace por un movimiento doble, una reafirmación que a la vez continúa y a la vez interrumpe y debe necesariamente interrumpir: decir hoy aquí lo que es “Heidegger”, dejarlo sentado y establecido de una vez y para siempre –si tal cosa fuera posible– sería el fin de la herencia, el entierro y la lápida. No habría ya por-venir para la firma Martin Heidegger, porque esta se habría totalizado en un punto de presencia. Para salvar la pervivencia, es necesario, por tanto: editar, seleccionar, cortar, pegar, reinterpretar, filtrar, desplazar, criticar; intervenir activamente para que la herencia no se cierre y quede lugar, para que algo pase, para que algo ocurra, un acontecimiento, el por-venir. La continuidad de la herencia está garantizada por esta fidelidad necesariamente infiel.

Jacques Derrida, *¿Y mañana qué...?*¹

Quizá no podamos leer a Heidegger sin más, antes bien intervenirlo. Con esta idea, ante la certeza de que aquí no está reunido, y sobre la hipótesis de que no hay ninguna “edición completa” que no sea una mera hipótesis, dedicaré estas últimas palabras a la herencia y contra su reunión.

¹ Jacques Derrida y Élisabeth Roudinesco, “Escoger su herencia”, en *¿Y mañana qué...?*, trad. V. Goldstein, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.

¿Qué es la herencia? ¿Es la herencia un pensamiento del “antes”, de lo que estaba “antes”, y que llega a nosotros a través de algún derecho de sucesión dándonos la propiedad de ese antes? ¿O más bien la herencia es un pensamiento de apertura a lo que viene para el que no cabe derecho de propiedad alguno?

Parece fácil mostrar que no se puede leer el pensamiento contemporáneo sin leer a Heidegger. Que, en algún sentido por determinar, ese pensamiento es un heredero intelectual de Heidegger. La filosofía contemporánea, al menos la continental, se instalaría en el epílogo heideggeriano. No obstante, lo que interesa arriesgar aquí es justamente lo contrario. Una posibilidad más imposible o paradójica, que emerge de la lógica de la apropiación heideggeriana y que sin embargo se impone aquí con otra lógica, quizá con la lógica del otro, a saber, que de alguna manera tampoco se puede leer a Heidegger sin su epílogo post-heideggeriano. Ya no se podría. ¿Por qué?

Dos razones o hipótesis quizá ayuden a pensar este “ya no”, o tal vez nos obliguen a pensar el quizá mismo que lo precede. En primer lugar, porque la herencia no es algo que se elige. En segundo lugar, porque no viene sin más de un “antes”. Así, las condiciones de la herencia dibujarían la posibilidad misma de leer a Heidegger, necesidad que implicaría cierta borrarada posibilitante, pues esa posibilidad se fragua precisamente en una doble imposibilidad. Por un lado, la imposibilidad de desentenderse de Heidegger. Lo hayamos leído o no, queramos leerlo o no. Por otro lado, la imposibilidad de apropiarse de él. No habría apropiación en estricto sentido. Desde la defensa más ortodoxa del heideggerianismo más rancio hasta el más deliberado intento de destrucción de Heidegger a manos de algún autoproclamado anti-heideggerianismo, ambos movimientos –imposibles por lo demás– pertenecen ya a la estructura de la herencia. Ambos movimientos, la ultra defensa y el ultra ataque, quizá tan absurdos como necesarios, habrían sido anticipados y neutralizados de antemano por el mismo Heidegger, por aquello que se nos impone bajo las condiciones de imposibilidad de

la herencia de Heidegger. En este sentido, ni podemos obviar la herencia de un Heidegger ni tampoco ser sus guardianes. Lo único que podríamos hacer sería elegir su supervivencia asumiendo la herencia en transformación, asumiendo que la herencia es transformación. Por lo tanto, no habría peor heideggeriano que aquel que se afana en conservar al maestro intacto, íntegro, virgen, so pretexto de una pretendida pureza que siempre estaría ligada a una forma de presencia más o menos esencial, y a la que el propio Heidegger ya se habría adelantado. Dicho de otra forma, eliminamos a Heidegger si lo traemos a la presencia. En realidad, y bien pensado, quizá no le podamos hacer nada peor. La fidelidad sería, entonces, la peor traición. En cambio, y paradójicamente, la continuidad de la herencia se asegura con una “fidelidad necesariamente infiel”. Sin embargo, semejante leal deslealtad no significa decir cualquier cosa del texto heideggeriano o hacerle decir cualquier cosa sino, al contrario, estar lo más cerca posible de él, en la más tenaz de las intimidades. Solo desde ahí, y con el corazón en la mano, una infidelidad se hace posible. Digamos, económicamente, que aquel(la) que no se toma a Heidegger en serio no tiene ninguna posibilidad de serle infiel. Y quien solo lo repite, tampoco. Entonces, tanto la infidelidad absoluta como la fidelidad extrema no harían más que negarle la supervivencia. La paradoja del heideggerianismo consistiría en que debe no ser heideggeriano.

Si tal cosa como el heideggerianismo existiese, en lugar de conservar al maestro intacto, íntegro o virgen, debería, por el contrario, tocarlo, inscribirse en él, penetrar una pureza que el mismo Heidegger pretendía no dejar indemne. Debe, de alguna manera, no deber. No deber ser, sino deber no-ser. O, incluso, dejar de ser para ser. Es la premisa misma de la herencia. Y toda esta infidelidad –“editar, seleccionar, cortar, pegar, reinterpretar, filtrar, desplazar, criticar”–, yo añadiría “traducir”, se pondría en juego por fidelidad. Para asegurar la pervivencia, para garantizar la herencia. Por lo tanto, no elegimos la herencia. En cierto sentido, ella nos elige a nosotros. Nadie habría elegido ser heideggeriano. Heidegger más bien sería ese otro, tan hipotético como cualquier otro,

que viene y nos prefiere a nosotros. Ciertamente afuera, en definitiva –cuyo permanecer fuera del ser decía Heidegger en su *Nietzsche II* que era el ser mismo–, pero un afuera que está en mí, pues ningún afuera sería un afuera si permaneciese simple y completamente afuera. Heidegger sería, entonces, ese otro, esa especie de fantasma impresentable que nos habita y que destruiríamos si lo hacemos presente. A manera de los fantasmas que se evaporan en la presencia. La herencia se construye sobre esa estructura fantasmagórica. Presencia tenue, inherencia tenaz.

Por un lado, pues, primera hipótesis, armazón espectral de la herencia que no se elige. Por otro lado, segunda hipótesis, herencia que no viene simplemente del pasado, que no procede, sin más, de un “antes”. Ambas hipótesis sobre la herencia del pensamiento heideggeriano no consiguen solo flexibilizar su concepto, sino que, en primer lugar, hacen ver que la herencia misma es ya una hipótesis. Quizá nunca podamos estar seguros de aquello que la herencia nos ofrece. O quizá lo único seguro es precisamente ese quizá que ofrece. Si la herencia no es una recepción pasiva sino un movimiento transformador, si no se elige, sino que se acepta –y en ocasiones ni siquiera–, si no se traspasa simplemente del pasado al presente, sino que oscila entre los tiempos mezclándolos y quebrándolos, si heredar a Heidegger no es apropiarse de un objeto muerto e inamovible sino dar supervivencia a una transformación, a un movimiento incisivo e incidente, entonces Heidegger ha transformado tanto a sus lectores contemporáneos como ellos a él. La herencia, así entendida, como desplazamiento y oscilación necesarios, no solo permite –incluso exige– que hagamos un Heidegger nuevo cada vez sino que, en la doblez de ese mismo gesto, es el propio Heidegger quien llega de nuevo cada vez como un nuevo Heidegger, como un Heidegger que no ha existido nunca de ese modo, que no ha existido solo “antes”, y que, por lo tanto, en cuanto nuevo, no puede venir simplemente de un pasado, no puede responder a un crédulo derecho de sucesión. Entre este “nuevo llegar” y el “llegar de nuevo”, instalados en la diferencia repetidora de su llegar, se juega

todo el asunto. Quizá. Y habría que pensarlo. ¿Qué llega y de dónde? Y ¿cuál es la posibilidad de que algo nuevo llegue de nuevo? Ciertamente, esa posibilidad, de tener una opción, sería aporética o imposible, pues nos obligaría a pensar con Heidegger, y sin duda también sin él, la cuestión del tiempo y de la muerte, del tiempo en Heidegger y del tiempo de Heidegger, tiempo bibliográfico y biográfico, pues para nosotros Heidegger no “nació, escribió y murió”. Por las grietas de ese tiempo que quiere hacerse presente, parecerlo al menos, y del que Heidegger nos mostró la aporía de su impresentabilidad, desde ese tiempo que no solo está dislocado, sino que viene a dislocar unidades y reuniones, la unidad del libro, del texto, del decir y del querer decir – para enojo de profetas legatarios–, a través de esa luxación o descoyuntura aparece sin presencia la impresentabilidad de la herencia. Un Heidegger que no está vivo, por supuesto, pero tampoco simplemente muerto o objetualizado, sino un Heidegger sobreviviente, mantenido en la pervivencia de una herencia que lo arroja a nosotros una y otra vez, de nuevo, ni vivo ni muerto, como si de un fantasma se tratase. Heidegger es entonces el otro que llega, tenue y vaporoso, y que, como toda llegada, viene del porvenir, está siempre por venir, amenazando con venir y su arribo es imprevisible. Si fuese previsible y viniese solo del pasado entonces no vendría nunca o habría llegado ya. Una previsibilidad programática que haría imposible cualquier llegada. Por lo tanto, Heidegger no dejará de sorprendernos mientras llegue porque, en este sentido, nunca lo habíamos visto antes. Llega sin previo aviso y hace, por eso, acontecimiento. *Ereignis*. Es el otro, el extranjero que llama a la puerta, el arribante que pide asilo, y que desconocemos por completo. Esa es la condición del otro. Es la alteridad que llega para perturbar la mismidad de lo mismo, el otro que se ofrece y nos ofrece incluso aquello que no queremos recibir. Y ante semejante arribo no habría que reconstruir ni destruir, quizá solo deconstruir. Solicitar hospitalidad incondicional. Si el ser no es otra cosa que herencia –“Ser es heredar”, dice Derrida–, por lo tanto, un dar, una donación, entonces ese don no se da de una vez por

todas a un supuesto sucesor o mayorazgo, sino que se está dando continuamente, dispersamente, sin fin, un don por lo tanto infinito que impide cualquier cierre o liquidación. No soy lo que heredo, por así decirlo, sino la transformación (de lo) que heredo. En este sentido, la herencia no se da nunca sin más, es imposible en sí misma, no hay herencia, no habría ahí herencia, porque no deja ninguna posibilidad para la reunión, para la *Versammlung*, nunca sería igual a sí misma.

Si nos tomamos en serio la herencia de Heidegger, vemos cómo Heidegger aparece por el porvenir cuando intentamos atrapar su pasado. Por lo tanto, solo muy cerca de su texto, lo cual significa arrimarse a lo que está por venir, asumiendo la quebradura del tiempo del otro, y dando tiempo a esa asunción por lo demás infinita, solo sin repetir la concepción del tiempo que él mismo pone en jaque, podríamos hacer justicia a la imposibilidad loca de esta herencia.

Según esta lógica fantástica, que sin duda es una fantológica y fantográfica, no solo el pensamiento contemporáneo es, a su manera, uno de los principales herederos de Heidegger, sino que Heidegger, a su vez, se transforma en heredero de ese pensamiento.

Y si podemos hablar de estas condiciones o hipótesis de la herencia es porque ellas mismas son heredadas a su vez, porque se encuentran ya en el texto de Heidegger cuando este llega a nosotros, cuando se nos ofrece. Otra manera de decir, asumiendo la marca misma de la firma Martin Heidegger, que el Heidegger que se presenta no es nunca igual a sí mismo. Por supuesto no es un Heidegger mejor ni peor, pero sí un Heidegger desplazado de sí, diferido por su propia escritura. Y uno nunca es presente a su propia escritura, ni tampoco su dueño. La escritura, igual que la herencia, es desplazamiento e impropiedad. Y si Heidegger es escritura, entonces aquello que se presenta no es más que la impresentabilidad de un desvío.

Este es, quizá, el desafío de la apropiación de Heidegger. Y asumiendo el reto –pues, aunque la herencia no se elige, sí se elige asumirla– habría que comprometerse en la lectura

a asumir la lógica aporética de la apropiación de Heidegger, la que el propio Heidegger inventa, para aplicársela a sí mismo. Es decir, ni atraparlo por completo ni dejarlo ir sin más. Esa lectura no se afanaría solo en reivindicar a Heidegger o defenestrarlo, sino que reivindicaría, antes bien, la lectura, incesante e incisiva, de Heidegger. Especialmente contra quienes la pretenden impedir. Tanto contra aquellos que se sitúan del lado de la acusación, y quieren convertir en nazismo todo lo que Heidegger toca, incluidos sus lectores, como contra aquellos que se instalan del lado de la defensa de Heidegger más conservadora. Ambas lecturas son limitadas, pero lo verdaderamente grave es que son limitantes. Ambas lecturas se afanan en proscribir la lectura, en detener el movimiento, en vedar la herencia. En el fondo, ambas lecturas son un modo de prohibir a Heidegger en nombre de Heidegger. Terrible consecuencia de la paradoja del heideggerianismo. Precisamente en contra de esa lógica perversa de la confusión y de la prohibición se encuentra la lectura, crítica, atenta, también desconfiada, la sospecha infinita de un lector incómodo e infiel por fidelidad.

Según esta idea de la herencia en transformación, de heredar más la transformación que el supuesto objeto que transforma, de heredar una apertura que abre al porvenir y que viene del por-venir mismo y sin como tal, es como se forma la figura del heredero y de la heredera. Quien hereda a Heidegger sabe que siempre está leyendo a Heidegger, en el momento en que se plantea, por ejemplo, la cuestión del sentido en filosofía, acerca del sentido del ser y de la pregunta por ese sentido, incluso sin saberlo, y, por otro lado, lee sabiendo que el texto heideggeriano es presa de sí mismo, es decir, que está necesariamente atrapado por aquello que pretende abordar, que el texto de Heidegger es el nudo mismo que ese texto pretende desanudar. Un texto sin tesis y una herencia sin síntesis. Y al asumir esta hipótesis de lectura, quien hereda no está ni después de Heidegger, como queriendo superarlo, ni tampoco a un lado, como queriendo evitarlo, sino en el medio, en el “entre” del texto heideggeriano, de ese texto que se caracteriza por ser,

precisamente, un pensamiento del “entre”. Aparece como lectura e inscripción. Esto es, escritura calmosa y punzante que se tejerá en el interior de los nudos o dificultades de aquel tejido, incorporándose a él como un retal, como un injerto. Como un remiendo que no repara en absoluto, sino que transforma.

Y en aras, precisamente, de esa herencia que abre y posibilita, habrá que analizar en Heidegger aquellos síntomas de pertenencia a la Metafísica que él mismo pretendía destruir, los elementos presentes y presentables de esa *Destruktion* de la ontología basada en el análisis de una diferencia ontológica supuestamente impresentable en su como tal. Y habrá que decirlo y disentir al encontrarlos, por supuesto. Pero no simplemente contra un Heidegger que se habría equivocado, sino contra aquello que en el texto de Heidegger opera en contra de Heidegger. Si hay una defensa de Heidegger que interese aquí consistiría en analizar la sintomática del texto heideggeriano para poner de relieve y repensar aquellos puntos de sutura del texto que vuelven a Heidegger contra sí mismo. O, dicho de otra forma, leer allí donde Heidegger se critica o se censura sin querer y donde se hace presente, allí donde, de alguna manera, al equivocarse, acierta. Requerir la diferencia que él mismo desvela, y hacerlo incluso en contra de sí mismo. Es decir, no una lectura crítica contra un Heidegger homogéneo sino en contra de aquellos puntos de arranque o de llegada, de sutura o de cruz, que vuelven a Heidegger homogéneo, que lo condenan a su propia *Versammlung*. Quizá frente a un *Dasein* que corre el riesgo de reunirse, frente a un *Dasein* que solo tiene una mano, un oído y una lengua, y que está en peligro de parecerse a sí mismo. Su herencia, en cambio, reivindicaría la pluralidad, la multiplicidad, el al menos dos.

Heidegger parece luchar hoy contra su propia presencia, entre la denostación y el elogio. La herencia será sin duda su cobijo. Ahí nadie se podrá apropiar sin más de su movimiento ni tampoco esquivarlo, porque la apropiación parece ser un exceso que no solo se da o se impone, sino que se borra al darse, se multiplica, borrando el “se” que lo hace propio. No

hay última palabra para herencia, no hay epílogo que valga. Porque, como decía uno de sus más infieles herederos, en el fondo lo que no hay es derecho alguno de propiedad sobre la herencia.